

El ingrediente utópico en la génesis de La Plata

Julio A. MOROSI

Hemos señalado en otro contexto (1) que la ciudad indiana está fuertemente vinculada al pensamiento utópico moderno, nacido contemporáneamente a la misma a través de la obra de Tomás Moro, que daría su nombre a esta forma del pensamiento (2).

La Plata, que hemos descripto como vigoroso retoño de la ciudad indiana (3)(4)(5) no debería ser extraña, por ello, a las ideas utópicas, sobre todo si consideramos el fuerte impulso, verdadero renacer, de esas ideas durante el siglo pasado en Occidente y en nuestro país.

Diversos autores nos han suministrado indirectamente claras pistas acerca de la vinculación de nuestra ciudad con lo utópico. Una primera y muy fuerte relación se establece a través de la concepción que Françoise Choay (6) ha denominado el «preurbanismo progresista». Ello ocurre, por ejemplo, por mediación de figuras como Benjamin Ward Richardson (7) y Jules Verne (8), a quienes hemos identificado en otras oportunidades como inspiradores de peso en la creación platense (9)(10).

Aunque aquella vinculación fue advertida también por otros autores (11), hasta el presente no se han verificado los atributos urbanísticos de La Plata frente a los que exhibe el pensamiento utópico a partir del Renacimiento y, en particular, a partir del siglo pasado.

A fin de intentar tal verificación nos ajustaremos a los atributos del género utópico clásico, como han sido definidos, por ejemplo, por Ainsa (12) y por Ruyer (13). En primer lugar es característico de la visión utópica, en su versión renacentista y en especial en la decimonónica, una clara intención crítica y reformista. Se trata de tornar la realidad que nos rodea en algo mejor, en otra cosa, esto es, en lograr su **alteridad** en el tiempo y en el espacio.

La alteridad temporal implica una cierta ausencia de un tiempo histórico: **acronía**, para ajustarnos a la denominación de Ainsa (14): «... *El carácter a-histórico del sistema dado de, una vez por todas, que no sufre ni puede sufrir modificaciones, dan a la utopía una condición de presente definitivo que no cambia y del que no se conoce su historia anterior* ...». La

alteridad en el espacio implica la representación territorial, geográfica, de la utopía en un espacio aislado, autocontenido, condición que Ainsa llama *insularidad* (15).

A partir de Moro, otra característica de la visión utópica es la **autarquía** (16), concepto que se refleja en la ciudad territorio propugnada para América por las Leyes de Indias. Acronía, insularidad y autarquía son atributos que Ruyer (17) resume bajo la denominación de **autarquía y aislamiento**. Otro de los atributos del modo utópico identificados por Ruyer es la **fe en la educación** (18). En muchas utopías se atribuye a la educación un poder y un valor supremos.

Otro rasgo característico del pensamiento utópico es, según Ainsa (19), la **planificación urbanística**, que Ruyer (20) desagrega en aspectos que hacen a la búsqueda de la **simetría, uniformidad y unidad** y facetas que llama **dirigismo y colectivismo**, rasgos que con frecuencia son atribuidos a la planificación. Dice Ainsa:

«... Uno de los topos más recurridos del pensamiento utópico es el de la Ciudad Ideal ... El plano de la ciudad utópica repite una vocación urbanística de muchos utopistas avant la lettre como Hippodamos de Mileto en Grecia y los arquitectos del quattrocento italiano ... No es extraño, entonces, que cuando la utopía se difunde como género a partir del éxito de la obra de Moro en 1516, la planificación urbana lo acompañe y se multiplique en ejemplos americanos, desde la colonia - el clásico «damero» de los planos fundacionales de las urbes americanas - hasta nuestros días. Basta pensar en Argirópolis de Domingo Faustino Sarmiento, en los proyectos de capitales para el continente americano de Francisco Miranda (la ciudad de «Colombo») o la de Simón Bolívar (la capital «Las Casas»), en la «ciudad anarquista» de Pierre Quiroule ... y en otros pintorescos ejemplos como el de Francisco Piria en Uruguay ...».

Se trata de un fenómeno que Rama ha advertido y descripto con sagacidad (21):

«... Desde la remodelación de Tenochtitlan, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de

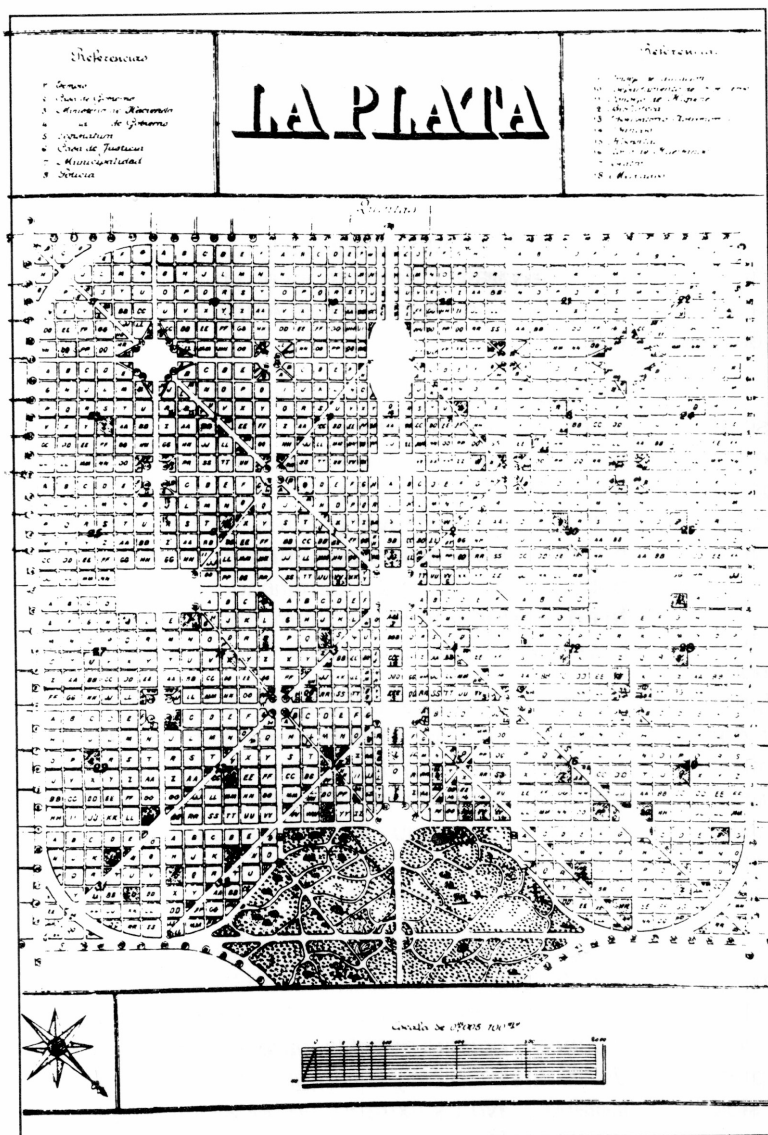


Figura 1: Plano fundacional de La Plata. 1882.

urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Lucio Costa y Oscar Niemayer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscripta en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasó a ser el **sueño de un orden** y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar...».

Habiendo escrito Tomás Moro su Utopía casi simultáneamente con el descubrimiento del Nuevo Mundo, es interesante observar que las dos obras del género utópico que adquirieron mayor difusión y trascendencia inicial: Utopía y Nueva Atlántida de Francis Bacon, emplazan sus concepciones imaginarias en

islas vinculadas o próximas al continente americano. Nos dice Moro (22) acerca de su isla, que Martínez Estrada (23) identifica con Cuba:

«... Tiene la isla 54 ciudades, grandes, magníficas y absolutamente idénticas en lengua, costumbres, instituciones y leyes; la situación es la misma para todas e igual también, en cuanto lo permite la naturaleza del lugar, su aspecto exterior. Las más próximas distan entre sí 24 millas, pero ninguna está tan aislada que no pueda irse de una a otra en el lapso de un día ... La distribución del terreno entre las ciudades se hizo de manera tan acertada que cada una tiene no menos de veinte millas a la redonda ...».

«... Conocer una de sus ciudades es conocerlas a todas; hasta tal punto son semejantes entre sí, en cuanto la naturaleza del lugar lo permite. Describiré, pues, una cualquiera... Amauroto está situada en la falda de un monte y su forma es casi cuadrada. Se extiende cosa de dos millas desde poco abajo de la cima de una colina hasta el río Anhidro...».

«... En el trazado de las calles se tuvo en cuenta no sólo la comodidad del tráfico, sino la protección contra los vientos. Las casas, en modo alguno sórdidas, están construidas frente a frente en larga y continuada serie. Separa sus fachadas una calle de veinte pies de ancho y a sus espaldas, a todo lo largo de la ciudad, se extiende un amplio huerto, limitado en todos sentidos por los muros posteriores...».

«... Consta en sus Anales, que abarcan su historia... que las casas, en un principio eran bajas y como chozas y cabañas, hechas de cualquier madera, con paredes trulladas de barro y techos en punta cubiertos de paja. Ahora, en cambio, es de ver el aspecto de todas ellas con sus tres pisos, sus paredes de piedra viva, cemento o ladrillo por fuera y de apretada argamasa por dentro...».

Se trata, pues, de ciudades ejecutadas según un modelo prefigurado y normado, cuadradas en su forma y respondiendo al concepto de ciudad territorio. Sus calles son rectas y regulares, con un ancho uniforme de aproximadamente seis metros, señalado en el «Sueño de un orden» (24), como el más corriente

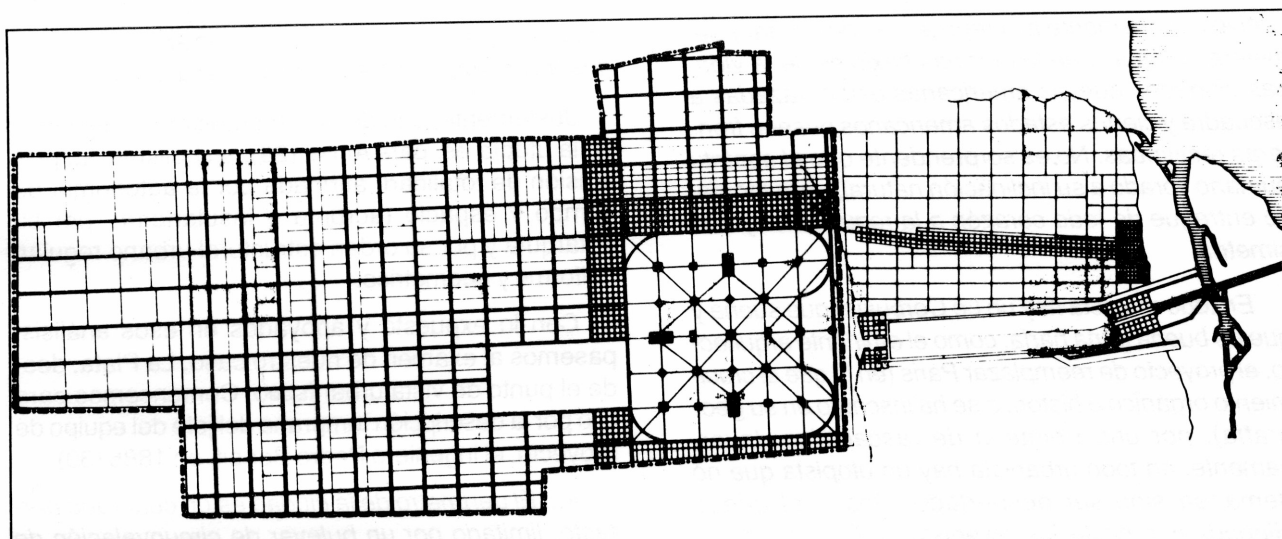
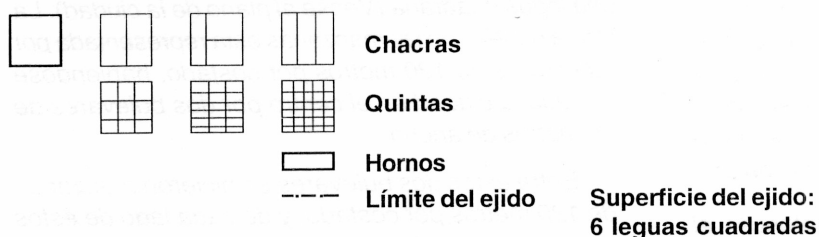


Figura II: Plano del Ejido de La Plata. 1882.



en la ciudad indiana. Sus parcelas son regulares y dotadas de amplios huertos tras los edificios que se alzan «de una forma», enfrentando aquellas calles. Como en la ciudad indiana, los usos generadores de residuos orgánicos (mataderos, pescaderías y otros) se emplazan en las afueras en lugares apropiados para lavar con agua corriente los mismos. De igual modo se ubican los hospitales fuera del perímetro urbano. Y, para mayor abundamiento, en los inicios de esas ciudades, se dan las casa de adobe y techos de paja, como chozas (25).

Estas particularidades no parecieran ser sólo meras coincidencias con lo que ocurría contemporáneamente en las ciudades indianas, que se alzaban bajo el imperio de las ordenanzas reales, más tarde compiladas en las Leyes de Indias. Aquel canciller de la Inglaterra de Enrique VIII e íntimo amigo de Erasmo, al punto de alojarlo en su casa entre 1505 y 1506, así como entre 1509 y 1511, debía estar anoticiado de lo que acontecía en América. Recordemos que Erasmo fue consejero de estado del príncipe y más tarde emperador Carlos V, entre 1516 y 1525. Para Rama este «sueño de un orden» es común a la ciudad utópica y a la indiana, como también a su sucesora, la ciudad americana.

Por otra parte, Ruyer explica estos rasgos comunes en la ciudad utópica bajo el atributo que denomina de la simetría (26):

«... Casi todos los mundos utópicos son simétricos, ordenados con regularidad, como un jardín a la italiana o a la francesa. Esa simetría, la organización regular llega con frecuencia a la manía y parece traslucir, en muchos utopistas, una tendencia a la esquizofrenia y a sus construcciones geométricas. Todo es trazado a cordel en las ciudades utópicas ... ¿Qué significa esta pasión por la simetría? Dudosamente se trataría de un gusto artístico. Si no se trata de un síntoma enfermizo, parecería más una manifestación de la «teoría hecha poder», y de su carácter deductivo, antihistórico y antivital. Cournot nota con mucha justicia que, al superponerse el reino humano al reino vital, aquél se caracteriza por la línea recta, el ángulo recto, la simetría y la regularidad. No existe aún gran diferencia entre las cabañas de un poblado negro y un conjunto de nidos de golondrina. No hemos salido aún del reino de la naturaleza viviente, pero cuando vemos una gran ciudad con sus calles regulares y sus encrucijadas en ángulo recto, percibimos que hemos entrado en un reino muy diferente al de la naturaleza, en el reino humano, que

vuelve curiosamente a la regularidad del cristal y del mineral, más allá de las formas flexibles de la vida. Las ciudades nuevas americanas están trazadas a escuadra y ciertos estados americanos poseen fronteras rectilíneas. No es sorprendente que el espíritu humano librado a su inclinación natural, en la utopía, se entregue de todo corazón a la regularidad y a la simetría.

En todo utopista hay un Le Corbusier que sueña y que de buena gana haría, como el eminente arquitecto, el proyecto de reemplazar París (en la que el crecimiento orgánico e histórico se ha inscripto en su geografía), por una treintena de rascacielos. Inversamente, en todo urbanista hay un utopista que no demanda sino ser despertado. Desde el griego Hippodamos hasta los owenistas y Buckingham o Pemberton, la utopía es esencialmente urbana, porque la ciudad pone de manifiesto el reino humano. Hasta podríamos decir que la utopía consiste en tratar los problemas psicológicos y sociales como problemas de arquitectura y urbanismo. Ella parece considerar, a veces, a los seres humanos vivos como simples accesorios de las piedras que ellos habitan.

El triunfo de la simetría manifiesta entonces el carácter no orgánico, no vivo, de las utopías. Por definición ellas no crecen lentamente como las cosas reales, con las miles de intervenciones perturbadoras de la historia y de las tradiciones, ellas nacen siempre de cero y se deducen en abstracto. Encarnan directamente una razón despojada de elementos orgánicos y de los aportes de la permanencia. Sus simetrías, lejos de ser de origen estético, son entonces más bien antiestéticas, puesto que el arte difícilmente puede separarse de la vida. Una utopía es regular como un cristal, no como una célula viva ...».

Ruyer insiste en esas particularidades de la utopía cuando se refiere a otro de los atributos que llama uniformidad (27):

«... Las utopías llevan perfectamente a la realidad el ideal racional tal como ha sido definido por André Lalande y Meyerson, conducen a un máximo de asimilación, de identidad, de uniformidad ... Una utopía tiene siempre algo de integral ...».

Ruyer retorna a esos rasgos en su análisis del dirigismo como atributo de la utopía (28):

«... El espíritu de la utopía y el espíritu del socialismo poseen muy visiblemente caracteres comunes: predilección por la uniformidad, el racionalismo, el dirigismo ... Ese dirigismo es normal en Utopía: al

arquitecto de un mundo, como a todo arquitecto, no le gusta ver «jugar» libremente a los materiales ...».

Justamente, uno de los atributos mejor definidos de la utopía es, para Ainsa (29), su holismo, su pretensión de totalidad, afirmada por la autonomía de tiempo y espacio (acronía e insularidad), por su autarquía y por su orden estructural urbano regular, uniforme y geométrico.

Con lo expuesto y apoyados en esos análisis, pasemos al examen de nuestro caso, La Plata, desde el punto de vista urbanístico. Comencemos para ello por la descripción temprana del jefe del equipo de proyecto, el ingeniero Pedro Benoit, en 1885 (30):

«... El perímetro de la ciudad es un cuadrado perfecto, limitado por un bulevar de circunvalación de 100 metros de ancho, que encierra una superficie de una legua cuadrada (Véase el plano de la ciudad). La forma general de las manzanas está representada por cuadrados de 120 metros por costado, habiéndose dividido la ciudad en el centro por dos bulevares de 30 metros de ancho.

Entre estos dos bulevares se hicieron manzanas de 120 metros por costado, y de cada lado de éstos se proyectaron otras que empezando por 60 metros de ancho por 120 metros de fondo, aumentaban progresivamente de diez metros hasta tener la forma general de 120 metros por costado. Esta división se hizo teniendo en vista la aglomeración de la población y el mayor movimiento que existiría en esa parte central.

Diagonales

Se proyectaron dos diagonales de 30 metros que cortan de un extremo a otro la ciudad y seis diagonales más que unen entre sí las plazas principales y los grandes parques.

Plazas

Se han proyectado veintitrés plazas, inclusive los parques. Sus formas son diversas y sus superficies varían desde una hasta ocho manzanas.

Edificios públicos

En las manzanas comprendidas entre los dos bulevares del centro fueron reservados terrenos para la construcción de varios edificios públicos, distribuidos sistemáticamente, para que al mismo tiempo que con los demás proyectados en los bulevares que cortan perpendicularmente a éstos, se distribuyera la población en varias direcciones, evitando así la aglomeración de edificios en un mismo punto, lo que, a no dudarlo, habría perjudicado el adelanto de la capital ...».

«... Bulevares.

... Se establecieron bulevares a cada seis manzanas, quedando una superficie entre ellos de 36 de aquellas, que forman una sección divisible si se quiere en cuatro cuarteles de nueve cada uno.

Orientación

La orientación de la traza es a medio rumbo verdadero próximamente. Dicha orientación, además de estar ordenada por decreto para la fundación de nuevos pueblos en la provincia, se ha adoptado igualmente para esta capital ...».

«... Nomenclatura de las calles.

Las calles y avenidas han sido designadas con números (Véase el plano de la ciudad) ...».

Como se desprende de esta descripción y de la observación del plano (FIG. I), la concepción de La Pla-

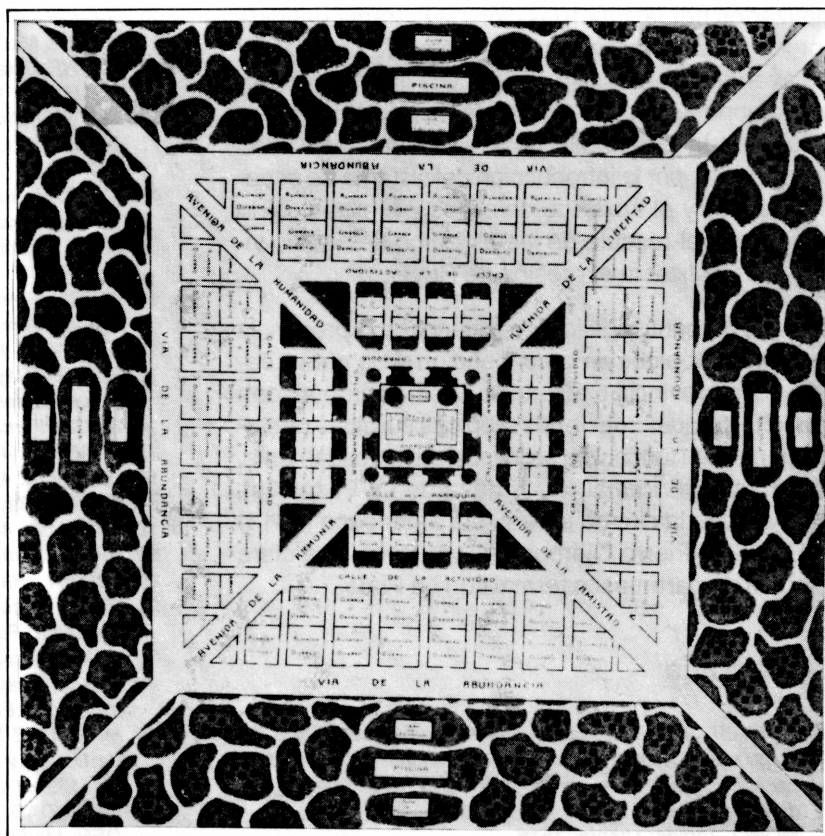


Figura III: Plano de la ciudad anarquista americana de Pierre Quiroule. 1914.

ta se ajusta a los atributos del pensamiento utópico a los que hemos pasado revista. En primer lugar, hallamos claros indicios de los atributos identificados como acronía e insularidad, así como autarquía. La representación general de La Plata no puede ser más contundente y clara: un cuadrado perfecto. Los fundadores sienten tan definitiva y autosuficiente su creación que no estiman pertinente el dictado de normas detalladas para regular su llenado y crecimiento. Además, ello les permite adoptar con absoluta naturalidad licencias como las de llamar a concurso los principales edificios públicos sin contar aún con la traza de la ciudad completa, remitiéndose a una parcela ideal suspendida en el tiempo y en el espacio. O la de colocar la piedra fundamental del mayor edificio público, la catedral, sin poseer aún el proyecto del citado monumento.

El cuadrado platense representa un sistema urbano dado de «una vez por todas», que no sufre ni puede sufrir cambios y que, por otra parte, está definido rotundamente, autocontenido, en lo espacial. También se pretende alcanzar la autarquía, según la concepción de la ciudad indiana (FIG. II). La Plata está cuidadosamente planeada para su abastecimiento dia-

rio, con un estudiado sistema de quintas y chacras. Pero el espíritu pragmático y mercantilista decimonónico se hace presente en la planificada disposición de las vías marítima y ferroviaria, que le permiten conectarse con todo el mundo.

Cabe recordar además que La Plata se ajusta al atributo utópico de la fe en la educación. Esa preocupación se traduce en el modo extremadamente generoso, que no era ni es aún hoy habitual en nuestro medio, de reservar una serie de manzanas y medias manzanas de la planta urbana para la radicación de establecimientos educacionales y culturales.

También es fácil hallar pruebas de que La Plata responde a los principios de la planificación urbanística, como llama Ainsa a otro de los atributos de la utopía, que Ruyer prefiere limitar a la búsqueda de la simetría, la uniformidad y la unidad. Las palabras de Benoit lo ponen en claro. La ciudad responde a una cuadrícula regular y contenida en un cuadrado, perfectamente simétrica y ajustada a un muy marcado criterio de unidad en la concepción.

Sus creadores parecieron advertir, sin embargo, los reparos de Ruyer. Los juegos de simetría han sido

matizados por la superposición de la trama definida por las calles y manzanas corrientes, la creada por las avenidas cada seis cuadras y la introducida por las diagonales, girada 45 grados respecto de las anteriores; por la variabilidad de las manzanas de la zona central; por la introducción del sistema de espacios verdes y el arbolado de calles y ramblas. Todo ello intenta el rescate de los atributos del «reino vital», para utilizar la expresión de Ruyer.

Un argumento adicional revelador de la presencia de rasgos utópicos en la concepción de la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, lo proporciona el hecho de que creaciones utópicas surgidas posteriormente a su fundación, se inspiraron marcadamente, en su aspecto formal, en la traza de La Plata. Así, por ejemplo, la ciudad anarquista americana (1914) (FIG. III) de Pierre Quiroule (31) muestra una clara relación de parentesco formal con La Plata.

Bibliografía

- 1 MOROSI, Julio A.: *La cuadrícula y la ciudad neoclásica. Su rasgo utópico. En el Seminario Internacional «El futuro de la ciudad en cuadrícula»*. Fundación CEPA, La Plata, 20 al 25 de junio de 1994.
- 2 MORO, Tomás: *Utopía*. 1516.
- 3 MOROSI, Julio A. y Cristina E. VITALONE: *La Plata, viejas raíces para una nueva ciudad*. En: *ICOMOS Information* n° 4, 1988, Nápoles - París: p. 11 - 19.
- 4 MOROSI, Julio A. y Cristina E. VITALONE: *La Plata, su raíz indiana*. La Plata, CIC, Serie Difusión, año 2 n° 3, 1990.
- 5 MOROSI, Julio A.: *Las raíces del modelo urbano platense*. En: *La Plata ... desde Geografía y Cultura*. La Plata, Dep. de Geografía, Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), 1993: 27-37.
- 6 CHOAY, Françoise: *L'Urbanisme. Utopies et réalités*. París, Ed. du Seuil, 1965. p. 145-149.
- 7 RICHARDSON, Benjamin W.: *Hygeia, a City of Health*. London, Macmillan, 1876.
- 8 VERNE, Jules: *Les cinq cents millions de la Béguine*. París, P.J. Hetzel, 1879.
- 9 MOROSI, Julio A.: *Los médicos higienistas en la génesis de la traza de La Plata*. En: *Revista Quirón* n° 1/2, 1981: 153-157.
- 10 MOROSI, Julio A., Fernando de TERAN et al.: *La Plata, ciudad nueva, ciudad antigua. Historia, forma y estructura de un espacio urbano singular*. Madrid, IEAL y UNLP, 1983. p. 57-62.
- 11 AINSA, Fernando: *Necesidad de la utopía*. Montevideo, Nordan-Comunidad, 1990. p. 150.
- 12 IBIDEM: p. 41-46.
- 13 RUYER, Raymond: *L'utopie et les utopies*. París, Presses Universitaires de France, 1950. p. 40-54.
- 14 AINSA, Fernando: *Op. cit.* p. 41.
- 15 IBIDEM: p. 41.
- 16 IBIDEM: p. 42.
- 17 RUYER, Raymond: *Op. cit.* p. 50.
- 18 IBIDEM: p. 44.
- 19 AINSA, Fernando: *Op. cit.* p. 43.
- 20 RUYER, Raymond: *Op. cit.* p. 41-44 y 47-49.
- 21 RAMA, Ángel: *La ciudad letrada*. Montevideo, Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama, 1984, p. 9.
- 22 MORO, Tomás: *Op. cit.* Hemos empleado la versión española contenida en «Utopías del Renacimiento». México, Fondo de Cultura Económica, 1993. p. 76-80.
- 23 MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel: *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*. En: *Cuadernos Americanos*, vol. 139, n° 2 (marzo-abril) 1963. México. p. 89-122.
- 24 LA CIUDAD HISPANOAMERICANA. *EL SUEÑO DE UN ORDEN*. Madrid, CEHOPU, 1989, p. 68.
- 25 MORO, Tomás: *Op. cit.* p. 87.
- 26 RUYER, Raymond: *Op. cit.* p. 40-44.
- 27 IBIDEM: p. 44.
- 28 IBIDEM: p. 47-48.
- 29 AINSA, Fernando: *Op. cit.* p. 41-45.
- 30 CONI, Emilio R. (Editor): *Reseña estadística y descriptiva de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Est. Tipográfico de La República, 1885. p. 55-56.
- 31 WEINBERG, Félix: *Dos utopías argentinas de principios de siglo*. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1976. p. 142-192.